

CICLOS DE LA MEMORIA

Bruno Groppo*

RESUMEN

El artículo analiza el funcionamiento de la memoria colectiva y sus ciclos, es decir la sucesión de periodos de amnesia, de memoria “fría” y de memoria “caliente”, comparando dos experiencias nacionales: la memoria del régimen de Vichy y de la guerra de Argelia, en Francia, y la memoria del nazismo en la República Federal Alemana y en la República Democrática Alemana. Sobre esta base, propone algunas interpretaciones a propósito de los factores que influyen sobre los ciclos de la memoria.

ABSTRACT

The article analyzes the functioning of collective memory and its cycles, i.e. the succession of periods of amnesia, “cold” memory and “hot” memory. It takes into account two national experiences: the memory of the Vichy regime and of the Algerian war, in France, and the memory of the Nazi past in the German Federal Republic and in the German Democratic Republic. On this basis, the concluding remarks discuss some factors that influence the cycles of memory.

PALABRAS CLAVES

Memoria, Francia, Alemania, nazismo, guerra de Argelia

KEYWORD

Memory, France, Germany, Nazism, Algerian War

Recibido: 15 de enero de 2012

Aprobado: 22 de febrero de 2012

* CNRS/Université Paris I - Centre d'Histoire Sociale du XXe Siècle

INTRODUCCIÓN

En un artículo sobre el despertar de la memoria colectiva en Polonia durante la época del movimiento de oposición *Solidarnozs* (Solidaridad), el filósofo polaco Bronislaw Baczko escribió: “Los dieciséis meses de *Solidarnosz* representan un periodo “caliente” en la historia de la memoria colectiva de los polacos. Como cualquier fenómeno social, la memoria colectiva tiene una historia: ella atraviesa periodos “fríos”, durante los cuales parece “adormecida”, y periodos “calientes”, durante los cuales se despierta, vuelve a subir a la superficie de la vida social, encontrando formas de expresión ricas y diversificadas, periodos en los cuales aparece como una dimensión esencial de las mentalidades”¹. Esta observación de Baczko nos servirá de hilo conductor para una reflexión sobre el aspecto cíclico, o por lo menos discontinuo, del funcionamiento de la memoria colectiva. Mi reflexión se apoya en el análisis de la memoria colectiva en Francia y en Alemania después de la Segunda Guerra mundial. En estos dos casos también se puede observar una sucesión de periodos de adormecimiento o de aparente ausencia y periodos de despertar que pueden llegar hasta verdaderas explosiones de la memoria social.

En Francia dos experiencias traumáticas ocupan un lugar importante en la memoria nacional y demuestran la di-

ficultad que hay para reconocer y asumir el pasado.

La primera es la experiencia de la ocupación alemana entre 1940 y 1944 y del régimen de Vichy, que fue instaurado como consecuencia de la derrota de 1940 y cuya capital se encontraba en la pequeña ciudad termal de Vichy (por esta razón se habla de “la Francia de Vichy”, “el régimen de Vichy”, la “memoria de Vichy”). Vichy simboliza los “años negros” de la Ocupación y de la colaboración, con sus masacres, sus persecuciones antisemitas, sus deportaciones. La segunda experiencia traumática fue la guerra de Argelia, que duró de 1954 a 1962 y que terminó con la independencia de Argelia, que era considerada antes como una provincia francesa. Las dos experiencias, Vichy y Argelia, han dejado huellas profundas y cicatrices en la memoria de los franceses: pertenecen a “un pasado que no pasa” y que todavía atormenta la sociedad francesa. Cada una de estas dos memorias pasó por diferentes fases, “frías” y “calientes”, y tiene su propia historia. La memoria de Vichy ha sido analizada sobre todo por Henry Rousso, que publicó en 1987 un libro, *El Síndrome de Vichy*, que se ha vuelto rápidamente un libro de consulta². Además, Rousso ha publicado numerosos trabajos sobre este tema. Él distingue cuatro etapas o fases de la memoria de Vichy: una primera etapa, de « duelo inacabado », que dura diez años, de la Liberación (1944) hasta mediados

1 Bronislaw Baczko, “La Pologne de Solidarité: une mémoire explosive”, in Id., *Les imaginaires sociaux. Mémoires et espoirs collectifs* (Paris: Payot, 1984), 192.

2 Henry Rousso, *El Síndrome de Vichy* (Paris: Seuil, 1987). (rééd. 1990). Ver también Eric Conan et Henry Rousso, *Vichy. Un passé qui ne passe pas* (Paris: Gallimard, 1996). (1ère éd. Fayard, 1994); *La bantise du passé* (Paris: Textuel, 1998).

de los años 50; una segunda etapa, de represión —en el sentido psicoanalítico— de la memoria de Vichy, que llega hasta el inicio de los años 70 y que se caracteriza por el triunfo del mito “resistencia- lista”, es decir de la imagen de una nación casi unánimemente resistente contra la ocupación alemana (se habla de mito porque en realidad la Resistencia fue la obra de una minoría valiente, y no de la gran mayoría de la población). La tercera etapa de la memoria de Vichy ocupa la primera mitad de los años 70 y se distingue por la crisis del mito resistencia- lista y por el “retorno de lo reprimido”, es decir por el despertar de una memoria más conforme a la realidad de los “años negros”. La cuarta y última fase, que empieza hacia mediados de los años 70 y llega hasta el presente, se caracteriza por una presencia obsesiva de la memoria de Vichy³. El itinerario que describe H. Rousso va de una ausencia y represión de la memoria hacia un retorno de lo reprimido y un exceso de memoria. En un primer momento se intentó de poner entre paréntesis el recuerdo de Vichy y de olvidarlo: olvidar el trauma de la derrota de 1940, olvidar la Colaboración, el antisemitismo de Vichy, olvidar que la administración francesa en su conjunto se había puesto al servicio de los ocupantes y que, por ejemplo, había organizado y efectuado ella misma los arrestos de los judíos destinados a la deportación hacia los campos de muerte. Había muchas cosas que olvidar. El instrumento principal para “organizar el olvido” fue el mito, creado por el gene-

ral De Gaulle y por los comunistas, de un país casi unánimemente resistente. A la luz de este mito, “la Colaboración fue considerada como un paréntesis, un fenómeno dramático pero minoritario, que había movilizadado solo un pequeño grupo de traidores, mientras que los valores de la “Francia eterna”, habían sido encarnados por la Resistencia”⁴. De esta manera la memoria gaullista y la memoria comunista, diferentes en general pero convergentes en este punto particular, contribuyeron a consolidar la legitimidad de la nueva República: el precio fue el silencio sobre los aspectos del pasado que entraban en contradicción con el nuevo mito nacional, el mito de la Resistencia. Ocupando una gran parte del espacio público de los años 50 y 60, el recuerdo de la Resistencia funcionó como un recuerdo/cortina que ocultaba el recuerdo de Vichy, mientras que otras memorias, como la de los prisioneros de guerra o la de los deportados judíos, eran confinadas hacia los márgenes de la memoria nacional francesa.

El retorno de la memoria reprimida de Vichy al inicio de los años 70 fue el resultado de varios factores. Se pueden mencionar en particular: la película de Marcel Ophüls intitulada *La tristeza y la piedad* (1969), una serie de entrevistas con personas que vivieron el periodo de la Ocupación, que tuvo un gran eco y fue un verdadero detonador; la gracia otorgada por el presidente Georges Pompidou en 1971 a Paul Touvier, miembro de la Milicia de

3 Paul Ricoeur nota: “La obsesión es selectiva y los relatos dominantes borran una parte del campo de la mirada. (...) Ver una cosa es no ver otra. Contar un drama es olvidar otro drama” (Paul RICOEUR, *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (Paris: Seuil, 2000), 584.

4 Conan et Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas...*, p. 29.

Vichy y responsable de varios crímenes durante la Ocupación; el despertar de la memoria judía, que se puede datar de la guerra arabe-israelí de 1967. La memoria judía en Francia se hizo más y más presente e importante en las últimas décadas, paralelamente a una presencia más y más grande de la memoria de la Shoá a nivel internacional. Entretanto, una nueva generación, nacida después de la guerra, había llegado a la madurez. Ella no había vivido la guerra y no tenía ninguna responsabilidad personal en lo que había pasado entre 1940 y 1944: por estas razones podía mirar a estos acontecimientos de manera diferente a la generación de sus padres o abuelos.

La guerra de Argelia constituyó el otro episodio doloroso y difícil de la memoria francesa. Fue una guerra que no decía su nombre, porque oficialmente no se trataba de una guerra sino de “operaciones de mantenimiento del orden”. Sólo tardíamente, el 10 de junio de 1999, un voto (unánime) de la Asamblea Nacional francesa acabó con esta hipocresía y reconoció que había sido efectivamente una guerra. Como en el caso de Vichy, la memoria de la guerra de Argelia también ha sido el objeto de una represión tenaz (hablo de represión siempre en el sentido psicoanalítico). En política, por razones diferentes ni la derecha ni la izquierda quería evocar este periodo. Todos tenían muchas cosas que olvidar. Así se organizó el olvido, entre otros modos con varias leyes de amnistía, evitando interrogarse sobre las res-

ponsabilidades. Hace más de diez años el historiador Benjamin Stora, el mejor especialista en la cuestión, titulaba *La gangrena y el olvido* a un libro sobre la memoria de la guerra de Argelia⁵. Y en 1999 la socióloga Dominique Schnapper se preguntaba todavía públicamente: “¿Cuándo la memoria de la guerra de Argelia cesará de ser reprimida?”⁶. Durante los últimos años la situación ha cambiado. Hace poco, el 19 de marzo de 2002, B. Stora publicaba en el diario *Le Monde* un artículo titulado “La memoria re-encontrada de la guerra de Argelia”, donde constataba que, de una sensación de ausencia, se había pasado en estos últimos años a una especie de sobreabundancia⁷. En el año 2001 la publicación, en el mismo diario *Le Monde*, del testimonio de Louise Ighilariz, una ex-militante de la independencia argelina que había sido horriblemente torturada por el ejército francés durante la guerra, había provocado un intenso debate en los medios sobre la utilización de la tortura durante la guerra de Argelia. Participaron en este debate, que todavía no cesó, varios testigos, entre los cuales se contaban algunos generales franceses (Jacques Massu, Paul Aussaresses). En marzo del 2002 la televisión francesa difundió un documental en tres partes de Patrick Rotman, intitulado “El enemigo íntimo”, sobre la tortura durante la guerra de Argelia: una serie de terribles confesiones de soldados y oficiales franceses implicados en la tortura. Las tres emisiones culminaron con un debate televisivo, de extrema violencia, entre

5 Benjamin Stora, *La gangrène et l'oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie* (Paris: La Découverte, 1991).

6 Dominique Schnapper, “La mémoire en politique”, in Françoise Barret-Ducroq (sous la dir. de), *Pourquoi se souvenir?* (Paris: Grasset, 1999), 100.

7 Benjamin Stora, “La mémoire retrouvée de la guerre d'Algérie?”, *Le Monde*, 19 mars 2002.

varios testigos y algunos historiadores. Varios libros autobiográficos han sido publicados en los últimos dos años, entre otros el del general Aussaresses que justifica la utilización sistemática de la tortura. Todo lo que había sido ocultado o reprimido durante largo tiempo reaparece ahora con fuerza en la conciencia pública⁸. La sucesión de las generaciones desempeña un papel predominante en este retorno de la memoria. Comenzó, aparentemente, una nueva fase de la memoria de la guerra de Argelia. Es probable que esta memoria ocupe un lugar más y más importante en la memoria nacional, y podría ocurrir que se vuelva una obsesión, como sucedió con la memoria de Vichy⁹. Lo que está en juego no es solo la experiencia argelina, sino el pasado colonial en su conjunto, es decir, un pasado que todavía no ha sido completamente integrado a la memoria nacional.

El ejemplo de la guerra de Argelia es interesante y significativo también porque plantea el problema de una doble memoria, francesa y argelina, del mismo acontecimiento. Cada memoria es un espejo de la otra. La memoria argelina de la guerra presenta una evolución análoga a la de la memoria francesa (represión, mitificación, silencios, retorno parcial del reprimido); pero este problema excede el marco de esta ponencia.

ALEMANIA

En Alemania la memoria del nazismo y de sus crímenes tuvo una evolución diferente en las dos partes del país, RFA y RDA, separadas políticamente durante más de cuatro décadas. Hubo dos memorias oficiales, muy diferentes, pero también con analogías no secundarias. El problema fundamental era el mismo en los dos casos: ¿cómo recordar el pasado nazi; un régimen criminal que sin embargo había sido beneficiado con el apoyo de una parte importante de la población y que había sido eliminado solamente gracias a la intervención de ejércitos extranjeros? ¿Quién era responsable de los crímenes cometidos y del desastre nacional?

En Alemania occidental la reconstrucción se efectuó bajo el signo de la amnesia nacional y de la represión del pasado nazi, intentando olvidar los crímenes y el apoyo popular al régimen. Millones de alemanes que habían apoyado a Hitler no se consideraron responsables, sino víctimas de la guerra, de los bombardeos aliados, de las expulsiones y migraciones forzadas y de los actos de venganza de las tropas soviéticas. La represión del pasado nazi fue tanto más fuerte cuanto más profunda había sido la adhesión al régimen, y duró hasta los años 60. En la atmósfera de la guerra fría y en nombre del anticomunismo,

8 Paul Aussaresses, *Services spéciaux, Algérie 1955-1957* (Paris: Perrin, 2001).

9 Henry Rousso llama la atención sobre la analogía entre el ciclo de la memoria de Vichy y el de la guerra de Argelia. Cf. Henry Rousso, "La guerre d'Algérie et la culture de la mémoire", *Le Monde*, 5 avril 2002.

una gran parte de los criminales y cómplices quedó impune y pudo continuar tranquilamente sus actividades y carreras. En los años 60 dos psicoanalistas, Alexander y Margarethe Mitscherlich, pusieron en evidencia la incapacidad de los alemanes de hacer el duelo del nazismo¹⁰. Sin embargo, los años 60 fueron también testigos de un despertar de la memoria, reactivada en particular por algunos episodios judiciales como el juicio contra Adolf Eichmann, uno de los organizadores del genocidio judío, en Jerusalem, y en Alemania misma el juicio contra varios guardias del campo de concentración y de exterminio de Auschwitz. Uno de los factores que más contribuyeron a poner fin a la amnesia fue la sucesión de las generaciones, es decir la llegada a la edad adulta de una generación nacida después de 1945. Estos jóvenes empezaron a descubrir el pasado nazi y a pedir cuenta a sus padres de lo que habían hecho durante la dictadura. El clima político del país también había cambiado. Después de una larga época de gobiernos conservadores que habían dirigido la reconstrucción del país, un antiguo exiliado político y resistente, el socialdemócrata Willi Brandt, se convertía en jefe del gobierno e inauguraba una nueva política hacia el Este y una serie de reformas importantes. Hay un cierto paralelismo entre el retorno de la memoria del nazismo en la RFA y el retorno de la memoria de Vichy en Francia. En los años 70 y 80 la memoria del nazismo ocupó un espacio más y más grande, hasta el punto que algunos historiadores conservadores, en particu-

lar Ernst Nolte, se inquietaron públicamente respecto de este “pasado que no se decide a pasar”. Hacia mediados de los años 80 un debate público importante en los medios de comunicación alemanes, llamado la “controversia de los historiadores”, demostró la imposibilidad de olvidar o reprimir el pasado nazi. La importancia creciente de la memoria de la Shoá a nivel internacional contribuyó y contribuye a hacer de la memoria del nazismo un tema de interés permanente.

La Alemania oriental (RDA), donde la memoria oficial era estrictamente controlada y manipulada por el partido comunista, quiso también evitar un debate sobre la responsabilidad por los crímenes nazis. Esta responsabilidad fue atribuida exclusivamente al “gran capital” y a un pequeño grupo de criminales nazis. La idea fundamental era que la RDA no tenía nada que ver con el pasado nazi y que los culpables se encontraban exclusivamente en la Alemania Federal. De esta manera, se construyó la leyenda de un pueblo fundamentalmente antifascista, que había resistido bajo la dirección del partido comunista. La memoria comunista se volvió la memoria oficial de la RDA y excluyó a todas las otras memorias. La evocación del pasado nazi se encontraba omnipresente, pero de manera políticamente muy selectiva: el exterminio de los judíos casi no era evocado, o solo de manera marginal, porque no era posible explicar este evento según los criterios de la leyenda oficial. El resultado fue en parte parecido al de la RFA, es decir la represión

¹⁰ Alexander et Margarete Mitscherlich, *Le deuil impossible: les fondements du comportement collectif* (Paris: Payot, 1972).

del pasado y la amnesia. Es difícil decir en qué medida esta memoria comunista oficial se había vuelto realmente la memoria de la población. Lo que es cierto, es que el tema de la responsabilidad, y de manera general una confrontación crítica con el pasado nazi, no tuvo lugar. En la RDA no hubo un verdadero despertar crítico de la memoria como el que comenzó en la RFA en los años 60 y que se intensificó después. Por esta razón, distinguir las etapas o fases de la memoria en la Alemania comunista es mucho más complicado que en el caso de la RFA.

CONCLUSIONES

¿Qué conclusiones sugieren las experiencias de memoria que hemos evocado?

Primero que la memoria de un acontecimiento tiene su propia historia y que no se transmite de manera idéntica, sino transformándose continuamente y pasando por diferentes fases. Según la fase y el momento varían los aspectos que se encuentran en el centro del trabajo de rememoración. Desde el punto de vista de la memoria, el pasado no es algo inmutable, sino una reconstrucción que se renueva sin cesar. Hay una sucesión de memorias, y ninguna de ellas puede ser considerada más verdadera o más auténtica que las otras: todas son reconstrucciones del pasado, que hacen hincapié sobre aspectos diferentes. Sin embargo, estas reconstrucciones no son arbitrarias: se hacen en función del presente y de las preocupaciones del mo-

mento, porque la memoria es siempre tributaria del presente.

Las etapas o fases de una memoria, si se las mira desde otra perspectiva, son al mismo tiempo las del olvido. A los ciclos de la memoria corresponden ciclos del olvido. Memoria y olvido, en efecto, son indisolubles. A menudo la memoria colectiva es una manera de organizar el olvido, porque, haciendo resaltar ciertos aspectos del pasado, deja inevitablemente en la sombra otros aspectos: es un juego de luz y sombra. Así, por ejemplo, en Francia la memoria de Vichy se ha concentrado sucesivamente sobre la Resistencia, la Colaboración, el antisemitismo y la deportación.

Las fases en las cuales una memoria se articula y se desarrolla pueden ser más o menos largas. El ritmo con el cual se suceden depende de numerosos factores, a menudo imprevisibles, como por ejemplo los cambios de la coyuntura política. Uno de estos factores es particularmente importante y a menudo determinante: la sucesión de las generaciones. Hay que distinguir, por supuesto, entre generación en un sentido biológico, es decir los que pertenecen a un mismo grupo etario, y generación en un sentido político, es decir los que vivieron juntos un mismo acontecimiento o una misma experiencia que los ha marcado profundamente en el tiempo. El hecho de pertenecer a cierta generación y de haber vivido personalmente ciertas experiencias tiene consecuencias importantes desde el punto de vista de la memoria colectiva, porque crea puntos de referencia comunes y una manera análoga de sentir y de reaccionar. Los

que sufrieron por causa de eventos traumáticos intentan a menudo olvidarlos y evitan de evocarlos, porque recordar renueva el sufrimiento. Cuando se trata de crímenes, los que los cometieron o fueron sus cómplices intentan borrarlos de la memoria pública porque no quieren afrontar la cuestión de la responsabilidad y la culpabilidad. Después de la derrota del nazismo la mayoría de los alemanes se refugió durante mucho tiempo en la amnesia y evitó interrogarse, por lo menos públicamente, acerca de las responsabilidades individuales o colectivas por los crímenes cometidos en nombre de Alemania. Los que invitaban a una reflexión de este tipo, como por ejemplo el filósofo cristiano Karl Jaspers, quedaron aislados¹¹. La mayoría prefirió considerarse víctima, no culpable, y recordar los sufrimientos padecidos y no los que ellos habían provocado a otros.

El hecho de pertenecer a una generación que, nacida más tarde, no tiene responsabilidades personales respecto de un pasado dramático crea una relación diferente con este pasado. Los jóvenes miran de otra manera los eventos traumáticos que la generación de sus padres preferiría olvidar o cubrir de silencio: quieren saber que pasó, como se comportaron sus padres, les piden que se justifiquen. Los hijos de las víctimas de un evento traumático siguen, a menudo, sufriendo las consecuencias del trauma que sufrieron sus padres: es lo que se observa, por ejemplo, en los hijos de sobrevivientes de la Shoá.

La transmisión de una memoria es también transmisión de una identidad. Para que la transmisión se efectúe, de una generación a otra, se necesitan vectores de la memoria y también receptores, dispuestos a recibirla y a apropiársela.

¿Por qué una memoria que parecía adormecida se despierta de repente? Las causas pueden ser varias: el azar del calendario, por ejemplo, que hace que una fecha llena de significados caiga en un determinado momento (ver los ejemplos citados por Baczkó en su artículo), una película (ex. La tristeza y la piedad) o una emisión de televisión (ex. Holocausto, en la RFA de los años 70) que encuentran un eco imprevisto, un evento judicial (ex. el juicio a Eichmann en Jerusalem, el arresto de Pinochet en Londres), la desaparición de un protagonista o de un testigo, etc. Se trata de causas inmediatas. Si hacen detonar algo, es que había ya un potencial de memoria acumulado.

Y ¿Por qué una memoria se «enfriía» y deja lugar al silencio? En este caso también los factores posibles son numerosos: la “erosión” natural de los recuerdos, la voluntad de reprimir y ocultar un pasado desagradable, la desaparición de los vectores de esta memoria, etc.

El territorio de una memoria es aquel lugar donde viven las personas que son los vectores de esta memoria. La memoria social funciona en amplia medida

11 Karl Jaspers, *El problema de la culpa* (Barcelona – Buenos Aires: Paidós, 1998) (1^{ra} ed. Alemana 1946).

dentro del marco nacional que le ofrece sus puntos de referencia; sin embargo, a menudo es también tributaria de factores externos o de una coyuntura internacional. Así, por ejemplo, el juicio a Eichmann en Jerusalem tuvo un impacto importante sobre la memoria alemana y contribuyó a despertarla. El arresto de Pinochet en Londres contribuyó a reavivar la memoria de los crímenes de la dictadura chilena, y hubo un impacto no solo en Chile sino también en otros países. El ejemplo más significativo de la influencia que puede tener una coyuntura internacional es sin duda el de la Shoá. La memoria de este evento adquirió progresivamente una dimensión internacional más y más importante, hasta volverse un paradigma y una referencia ineludible. Así, podemos ver que en el funcionamiento de la memoria colectiva de un país intervienen no solo factores nacionales, sino también factores externos al marco nacional. La globalización, que borra en parte las fronteras nacionales, puede acentuar la influencia de estos factores externos. Gracias a la televisión, los eventos traumáticos que se inscriben en la memoria colectiva de un país (como la purificación étnica en la ex-Yugoslavia, el genocidio en Ruanda, los atentados del 11 de septiembre en Nueva York) se desarrollan en parte bajo la mirada de la opinión pública internacional. Es decir que ahora la memoria

colectiva funciona en condiciones muy diferentes que antes, y se vuelve también más “global”. Un evento como la destrucción de las torres gemelas fue vivido en directo por millones de personas en el mundo entero y se convierte en parte de una memoria colectiva mucho más amplia que la sola memoria estadounidense: se podría casi decir que es parte de una memoria planetaria, aunque el significado que se le atribuye pueda variar mucho de un país a otro.

La memoria de una sociedad es algo que es difícil definir exactamente en sus contornos. No es algo “natural”, que se forma de manera espontánea, sino el resultado de una competencia y de un enfrentamiento entre las memorias sociales particulares que existen en una sociedad. Cada memoria aspira a ser reconocida y a ocupar el espacio público: la competencia se transforma a menudo en auténticas batallas de memoria para conquistar el espacio público. Cada memoria tiene sus fases, sus ciclos, su evolución. Para comprender una memoria nacional, es decir el patrimonio común de recuerdos y de olvidos de una sociedad, es necesario tomar en cuenta las diferentes memorias sociales que la componen y que son como fragmentos de un mosaico en continua recomposición.

